

TEOLOGÍA DE LA MUERTE

Traducimos, del artículo original, el capítulo dedicado a la Teología de la muerte (Págs. 162-68).

Justiication de la mort; Christus, 9 (1962), 150-169.

El escándalo de la muerte aparece hermético e irremisible a toda filosofía atea y no cristiana, incapaz de asimilarla. Sin Dios, incluso sin Encarnación redentora, la muerte no puede concebirse más que como un fenómeno natural que; a pesar de su trascendencia, asimila al hombre al mundo físico y a la animalidad. Platón, Mozart, Einstein y toda *élite*, incluso la humilde multitud de los pobres, quizás con más méritos que aquélla, son entregados brutal y desconsideradamente a la totalidad impersonal de las energías o se confunden con el SE majestuoso de un pensamiento insensible. El hombre, profundamente contradicho en su apetito de existencia; no escapa a la desesperación más que a través de la rigidez -posible, pero inhumana- del estoicismo o por la distracción engañosa del placer y de la acción. Como bien ha dicho Theilhard, si el esfuerzo humano no tiene en perspectiva ninguna promesa, no hay razón para que emprenda y prosiga una obra vacía; hay, incluso, buenas razones para pensar que una humanidad sin esperanza suspenda su trabajo y que el obrero y el investigador se cruce un día de brazos. Más aún; si se ha comprendido bien la función existencial de la muerte, es absurdo para el hombre actual buscar a través de la lógica del gran castigo, cuyo peso le oprime desde el origen de la humanidad. El absurdo sólo sería normal para una conciencia naturalizada que ha perdido el sentido de lo espiritual. Si para el reino animal la supresión de la muerte habría supuesto la anulación del progreso de las especies, la desaparición: eventual de la muerte constituiría para el hombre la negación de la condición estructural del progreso espiritual y la vuelta a la naturaleza. La esperanza del hombre totalmente horizontal no sería ya activada, como en la conciencia cristiana, por la tensión entre tiempo y eternidad.

Datos humanos

El hombre, vuelto entonces totalmente hacia su proyecto técnico y racional, creería no poder completarse más que por la acción creadora y solamente pensaría humanizarse por la transformación de la naturaleza. No es, en definitiva, sino la filosofía pagana del trabajo que propone el marxismo: hacerse conscientes por la oposición a la naturaleza. Sabemos cómo *Le Cimetière marin* ha ilustrado este tema: el hombre, adormecido en el ilusorio sueño metafísico y en los falsos problemas filosóficos o religiosos, no se despierta más que por la tiesura con que se opone al universo y a sus amenazas: *¡No! ¡Arriba, en los tiempos futuros!* Pero se puede preguntar con Heidegger, si una supresión total del límite vital, que constituye la muerte, no sería, por el mismo hecho, el corte de la acción, la muerte de la conciencia. Una perspectiva indefinida, ofrecida al individuo y a la humanidad sería sin duda el amortiguamiento inmediato de su tensión vital por negación de la contradicción que los constituye.

Tras esta objeción surge otra más grave: la nada existencial, el no-valor absoluto, la incapacidad de desarrollo espiritual de un ser, privado por hipótesis de la posibilidad de darse en sacrificio total a sus hermanos y al Dios absoluto, despojado, incluso, de la capacidad de amar efectivamente ponla ofrenda radical y la anulación de sí mismo. Tal

ser; cerrado en sí, quedaría reducido a poseerse, a proteger su ilusorio tener que ser; rehusaría todo verdadero contacto con otro, incluso, quizás, con el mundo; es decir, habría muerto la ambición. Como la experiencia de la vida enseña, el hombre no se educa ni se enriquece más que en la desposesión de sí, en la práctica de la pobreza, que es amor. Lo que está aún imperfectamente revelado en la amistad llega a ser luminoso en la profundidad de la armonía conyugal. La unión entre el hombre y la mujer, para que sea real, implica, a imagen de Cristo y de la Iglesia, una promesa de don total hasta la muerte. Y el carácter definitivo de vínculo de la promesa de compañeros eternos refleja en el tiempo el juramento de una inmolación mutua, que define el amor. Amar es, exactamente, aceptar morir uno por otro con voluntad de inexistencia recíproca, en la que se encuentran y renacen las personas unidas en comunión mutua.

La sola actividad creadora, que es el único ideal del hombre de la razón técnica frente al mundo, es insuficiente para plasmar al hombre; esta sola actividad lo lanza; por el contrario, fuera de sí en su acto y no puede recuperarlo plenamente. Perdido en las cosas, el técnico no se recobra. Afortunadamente la conservación subrepticia de otros valores lo libra de esta pérdida. Teilhard de Chardin, tan atento a su tiempo, tan convencido como estuvo siempre de la necesidad de la acción temporal en el mundo y por el mundo no ha dejado de evocar, con escándalo sin duda y con la incompreensión de muchos, la no menor necesidad de las pasividades, en especial del sufrimiento y de la muerte, en los que ve no sólo una ocasión de abertura de la conciencia, sino una técnica eficaz para los acontecimientos históricos, para que la historia llegue a su fin. Como si todos los avances anteriores de la vida, de la, acción técnica del hombre, fueran vanos sin aquél que el sufrimiento y la muerte permiten.

Muerte y pecado

La teología de la muerte profundiza estos datos todavía humanos. La une en primer lugar al hecho del pecado (noción desconocida del paganismo ateo y solamente presentida por la pura filosofía). Símbolo esencial e imagen del pecado, la muerte es su consecuencia: *stipendium*, su equivalente monetario. Ella transforma el universo social en antinomias homicidas de voluntades y hace que el hombre sea un lobo para el hombre. Por una acción indirecta transforma en profundidad el universo biológico y físico. Sin embargo, por la intervención graciosa de la Misericordia infinita, la muerte constituye también la mediación de un rescate redentor del pecado y de sus consecuencias, porque una dialéctica de la muerte utiliza la muerte física para la destrucción de la muerte espiritual. Para que esta dialéctica sea eficaz y valedera ha debido ser inaugurada por la muerte del mismo Dios, por el consentimiento mismo del Dios vivo a la muerte física de la humanidad que su Hijo había asumido: "Es preciso que Cristo sufra para entrar en la Gloria". En la línea de este hecho, convertido en ejemplo y verdad, la humanidad no puede realizar su liberación más que a través de una participación continua y una imitación voluntaria de la Pascua de Cristo. A toda muerte del hombre se le ofrece la posibilidad de un sentido, que hace de ella una redención liberadora, una expiación compensadora, no sólo para el pecado de existencias personales, sino también para el pecado colectivo y adámico de la historia. Sacramento de Cristo en la historia, la Iglesia prolonga la pasión de Cristo: víctima por el pecado, pide a sus hijos que se unan a ella continuamente. No es de extrañar también que el orden sacramental, especialmente el bautismo y la eucaristía, transfiera en el tiempo de la Iglesia, por un simbolismo eficaz, toda la realidad de la redención de Cristo.

Constituye una especie de requerimiento permanente a todo cristiano, para que haga de su vida una ofrenda redentora: "Haced de vuestros miembros una hostia viva"; y, voluntario o aceptado, el sufrimiento de las existencias individuales participa de la fecundidad del acto redentor.

Muerte y caridad

Pero esta actitud no alcanza todo su sentido más que por un elemento positivo, que es el amor de caridad, recibido de Cristo en el Espíritu. Desde entonces, en el hombre cristiano, la muerte es ofrecida como indispensable mediación de un exceso en el que se consume y acaba, en una ofrenda incomparable, una desposesión perfecta de sí mismo. Profundamente unido a la vida temporal; no sólo por los lazos de la naturaleza, sino más aún por los motivos sobrenaturales que toma de su dogma y de su misterio, en la certeza de que la creación es inmensamente buena y valedera y que la Encarnación de Dios la ha vuelto aún más divina. más. refinada, quizá, en su sensibilidad que la pagana, el hombre se despega libremente de este lazo vital y, desde la necesidad sufrida de su muerte física, hace un holocausto amoroso. Buscando, por así decir, la manera de testimoniar a su Padre la plenitud de una justicia de amor, no encuentra nada más valedero y rico que la decisión de la muerte. La acepta como un don maravilloso que le permite amar absolutamente. Es el *non plus ultra*, significado, por el acto interior de reconocimiento de la Exigencia suprema, que es el Valor-Dios: "No hay amor mayor..." Satisfacción exacta, es también, por sí misma, realización de la persona en la pasividad activa del Tú-Tú, en que Dios y el hombre se comunican y reconocen. Y esta muerte por Dios es también una muerte por los hombres, amados en el mismo Absoluto. En el camino de los sacrificios a que el individuo es conducido a morir por sus hermanos realiza la reunión y conjunción de la humanidad dispersa.

El eminente teólogo P. de Montcheuil ha señalado que la trascendencia. del Dios cristiano, más grande aún que la del Dios de Israel, implica un anodamiento de la criatura, y el P. de Lubac ha subrayado también esta exigencia. El Dios del Evangelio es de una santidad tal, de un Amor tal, que su acceso supone un paso por la nada, una anulación voluntaria de la libertad. Y el esfuerzo legítimo del P. Teilhard de Chardin para establecer una continuidad entre el hombre y Dios, la tierra y el cielo, no ha dejado de recordar la ley de la muerte, que se impone a la historia global del hombre para llegar al término de su vocación: "Para llegar al centro resplandeciente del universo no basta al hombre vivir cada vez más para sí ni, incluso, gastar su vida en una causa terrena, aunque sea grande: El mundo no puede alcanzaros, Señor, más que por una especie de inversión, de vuelta, de desenfoque, en que se esfume durante algún tiempo, no sólo el éxito de los individuos, sino incluso la apariencia de toda utilidad humana". Es decir, que el fin absoluto de la historia, como el de las personas, supone una muerte del mundo; y la comunión esperada de la humanidad al término de la maduración del Cuerpo Místico no será real más que si, al fin, se da el advenimiento del hombre al estado de sacrificio que es su verdad delante de Dios.

Muerte e inmortalidad

Un tercer elemento de la teología de la muerte deriva de los precedentes, dando motivo a la esperanza de una supervivencia inmortal, no sólo basada en argumentos racionales,

sino en la Fidelidad de un Amor infinito, requerida a ejercerse por la actitud de ofrenda y abandono del hombre. Habiendo actuado el hombre sin engaño, puede contar con la Lealtad sin cansancio de un pacto del que se ha fiado, de una promesa a la que Dios se ha comprometido. Tomado por la palabra, Dios debe acoger a una criatura que, con la ayuda de su Espíritu, se ha puesto, por lo que a ella se refiere, en estado de verdad y que, rehusando la abominable y absurda suficiencia, se ha colocado, en cuanto de ella depende, en una situación filial, considerándole no como una conquista, sino como un Tú. Habiendo encontrado en el hombre una respuesta justa á su llamada, una voluntad exactamente conforme a su Ser, Dios no puede sino confirmarle para siempre en la existencia: se abre a él y le admite en su presencia eterna. Porque David -dice el Salmo- manifestó a Dios, su *solicitud* y preferencia; porque se molestó por Él, Dios le halló según su corazón: "Hallé a David servidor mío, con mi óleo santo le ungué". Pero el verdadero David es Cristo Jesús, que por su muerte generosa ha ido hasta el extremo del amor y del sacrificio. Y cualquiera que es de Cristo participa también de su Resurrección y Ascensión, por la que Cristo inmolado es colocado a la diestra de Dios. Como lo hizo notar el abate Nedoncelle, la inmortalidad de la persona resulta así de un Amor que no se retracta de su actitud inicial y que persevera eternamente en el amor a su criatura. Y la duración, aún temporal sin duda, dula alegría de los elegidos puede aparecer, no sólo como una permanencia de su humanidad, sino como la adaptación a la criatura de una Plenitud inagotable que jamás llega a saturarla.

Esta perspectiva reduce, quizás, aparentemente el valor de ciertos argumentos filosóficos que consideran la supervivencia del alma como normal, por una especie de propiedad jurídica ligada a la *simplicidad* del espíritu, siempre algo independiente de su encarnación material. Como si, a imitación de las cosas, entregándose a la existencia y perseverando en su ser, fuera naturalmente indestructible. El cristianismo no inutiliza esta motivación, a pesar de su sabor dualista y platónico, sino que completa el proceso, insertándolo en un orden más elevado., De todos modos, esta conservación del espíritu es aún un don, un gesto de amor y de respeto, que se ejerce incluso con respecto a aquéllos que, siguiendo el dicho de Bernanos, "se han situado fuera del Amor".

Tradujo: JOSÉ M.^a BAZ